

# Presentación General: ¿De la Pandemia al Pandemonium?

---

*“¡Salud, mansión de horrores! ¡Salud, mundo infernal!”*

*John Milton. El Paraíso Perdido. 1667.*

*“Cuando la razón lucha con la fuerza, por más que sea empresa ardua y temeraria, la victoria debe estar de parte de la razón.”*

*John Milton. El Paraíso Perdido. 1667.*

Los demonios ya estaban aquí con nosotros y el paraíso parecía desde mucho antes encaminarse a su irremisible perdición; de los tiempos sombríos que vivimos hoy, no podemos de ningún modo culpar a la Pandemia. Es más bien al revés, una sociedad enferma que nos ha llevado a una relación profundamente disfuncional consigo misma y con el entorno natural, es la que desde sus entrañas mismas ha parido la Pandemia, que sólo ha fungido como un acelerante, como un catalizador de las crisis que ya erosionaban activamente las bases humanistas -ya de por sí bastante endebles- de una humanidad deshumanizada por la alienación capitalista que nos consume y nos torna peligrosamente extraños con respecto a nosotros mismos; enajenación que nos conduce al abismo del auto exterminio, de la extinción colectiva impulsada por nuestra propia demencia, yendo así en contra de los preceptos más elementales y poderosos de la sobrevivencia biológica, de la simple y férrea lógica que rige la continuidad en el tiempo de una especie.

Y aun así no dejamos de ser seres naturales, tan naturales como una polilla o una medusa; tan inmersos en la leyes de la naturaleza como todo el resto de las especies vivientes en el planeta, incluyendo los



lemmings, que una vez al año corren por millares hacia su muerte en los despeñaderos cercanos para regular su sobrepoblación, como lo ha popularizado un viejo mito sin basamento real. Nosotros danzamos en la bruma junto al abismo mitológico de los lemmings, pero no es una danza festiva, sino un ritual macabro en el cual se juega la vida de todos, de la humanidad entera; en la leyenda, los lemmings al fin y al cabo se suicidan para proteger la sobrevivencia de una parte y, por ende, de la especie; nosotros, en cambio, dotados de razón y consciencia, estamos promoviendo el fin de todos para salvar a nadie, en una de las dinámicas más absurdas y crueles en la historia general de la vida en la tierra. Es la primera vez, en 4500 millones de años, que una especie consciente del descalabro ambiental colosal que está generando puede aniquilarse a sí misma y, en el proceso, destruir a millones de otras especies en la llamada sexta extinción masiva de la vida en el planeta.

El impacto de la Pandemia en el proceso existente de devastación ambiental, expresado de manera dramática en el cambio climático global, no ha sido especialmente notable. De hecho, con la reducción del uso en automóviles y otros medios de locomoción con hidrocarburos y el confinamiento forzado, la generación de gases de efecto invernadero disminuyó un poco. En un informe del 20 de noviembre del año 2020 de la ONU, esto último quedó consignado lacónicamente en estos términos:

Aunque las emisiones diarias de CO<sub>2</sub> habrían disminuido hasta en un 17% por un corto tiempo debido a las restricciones económicas y medidas de confinamiento, se trata de una variabilidad mínima en las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera, que continúan aumentando a un ritmo preocupante, poniendo en peligro el futuro de la Tierra, los ecosistemas y la humanidad por el calentamiento global. (<https://news.un.org/es/story/2020/11/1484462>).

Pero apenas pasada la Pandemia la producción de gases de efecto invernadero (GEI) y el cambio climático global no han cesado su curso hacia el desastre.

Ginebra/Nueva York, 26 de octubre de 2022 (OMM) – Según un nuevo informe de la Organización Meteorológica Mundial (OMM), los niveles atmosféricos de los tres principales gases de efecto invernadero (dióxido de carbono, metano y óxido nitroso) alcanzaron nuevos máximos históricos en 2021, lo cual supone otra fatídica advertencia del cambio climático (...) En el Boletín de la OMM sobre los Gases de Efecto Invernadero se explica que, en 2021, se produjo la mayor subida interanual de las concentraciones



de metano desde que comenzaron las mediciones sistemáticas hace casi 40 años. La razón de este incremento excepcional no está clara, pero parece ser el resultado de procesos tanto biológicos como provocados por las actividades humanas. (<https://public.wmo.int/es/media/comunicados-de-prensa/se-suceden-las-malas-noticias-para-el-planeta-los-niveles-de-gases-de>).

Lo asombroso es que esta nueva laza en el uso de hidrocarburos generadores de GEI, ocurre en momentos en que la economía capitalista se encuentra en un estado bastante avanzado de putrefacción luego de 2008. La inflación combinada con el estancamiento económico, quizá la más letal de todas las manifestaciones de la crisis estructural del capitalismo, nos remite a finales de los años 70 y mediados de los 80 del siglo pasado, cuando el neoliberalismo y ajuste estructural son las dos recetas con las que las elites metropolitanas de EE. UU. y Europa afrontan esta situación; amargas pildoritas que serían recetadas a la fuerza y con especial encono a nuestra región latinoamericana. Sería el comienzo del surgimiento del proyecto neoliberal con Chile a la cabeza.

Muchas décadas después, el colapso financiero de 2008, que pusiera de manifiesto las causas profundas del estancamiento capitalista estimulado artificialmente en EE. UU. y otras potencias occidentales con inyecciones descomunales de dinero sin respaldo real por medio de la flexibilización cuantitativa y la reducción en las tasas de interés, reemerge con nuevos bríos pero sin posibilidades de recurrir a los mismos paliativos. Por el contrario, la estanflación obliga a elevar tasas de interés, y la pérdida de poder de compra del dólar debido a la inflación monetaria resultante de las emisiones desmedidas e irresponsables de más de una década anterior, no deja de transferirse a la inflación en los precios de las mercancías, conformando así un círculo vicioso muy difícil de romper o siquiera contener.

Todo lo anterior resultando, además, en cambios en otro subsistema del sistema-mundo aparentemente desvinculado de la esfera económica: la crisis hegemónica que pasa de este modo de su fase de desarrollo paulatino a un estado muy agudo de desenvolvimiento. Los efectos de las sanciones que el Occidente metropolitano aplica a diestra y siniestra a toda nación que escapa o se opone a sus designios e intereses hegemónicos durante décadas, finalmente comienza a retornar a su origen, para plantar en él las semillas ponzoñosas de la decadencia social y el declive económico y geopolítico. Con China y Rusia en la posición de liderazgo, muchos países comienzan la desdolarización de sus economías y, especialmente, en sus transacciones comerciales internacionales; el Brexit se convierte en el nicho institucional global al cual acuden y se suman países golpeados por las sanciones occidentales, y también, muchos otros que perciben la caída del





dólar y desean resguardarse de sus efectos perniciosos y adherirse a un posible nuevo orden mundial multipolar.

Esa decadencia final de Occidente que Oswald Spengler anunciara prematuramente (1918-1922) -y por razones erradas- en medio de la terrible crisis humanitaria y moral causada por la carnicería de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), ahora está llegando y es mucho más compleja de lo que nadie hubiese podido suponer. Con la matanza insensata y brutal de la Primera Guerra Mundial se pone fin a la ideología del progreso en Europa; con la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) Occidente renace, y, supuestamente, las democracias se imponen a los totalitarismos fascistas y retoman el control hegemónico del mundo bajo el liderazgo de EE. UU.

En acorde con esa narrativa, la Guerra Fría desde 1948 a 1990 no es otra cosa que la continuación de la lucha entre “democracia” y “totalitarismo”, en la que al final se impone la primera, asegurando supuestamente otro siglo de dominación de EE. UU. al comenzar el tercer milenio. Los “neocons” (neoconservadores) del Departamento de Estado en Washington anuncian así con ribetes triunfales el comienzo del “nuevo siglo Americano”, él que se apresuran a garantizar haciendo trizas el Medio Oriente, ocasionando allí cientos de miles de fallecidos entre víctimas civiles y militares en guerras tan asimétricas como genocidas. Estas aventuras y desventuras imperiales en el complejo Medio Oriente, terminan en último término en un fiasco para Washington y sus socios menores de Europa Occidental, y en un baño de sangre para los desafortunados habitantes de la región.

De revés en revés, el sueño húmedo de los neocons comienza a diluirse en los vapores de una resaca muy dura que, a pesar de ello, no conlleva ninguna reflexión más profunda que lleve a nuevas políticas más realistas. Por el contrario, tal pareciera que los vapores de una resaca prolongada nublan aún más la consciencia de los artífices de la política imperial en el Departamento de Estado, y no hay para ellos despertar ni nueva lucidez siguiendo las atroces y prolongadas libaciones neocoloniales en el Medio Oriente. Son orgías de sangre y dolor que no conducen a ningún avance en la consciencia geopolítica ni moral de los neocons. No hay nuevos balances y nuevas perspectivas, sino sólo un afán pertinaz y despiadado por mantener a toda costa un sistema internacional de dominación; un sistema fundamentado casi sólo en la arrogancia y ceguera supremacista, y poco o nada en los cacareados derechos humanos y la democracia. El resto del mundo observa con poco disimuladas náuseas la flagrante contradicción entre la acción y la retórica; ya nada puede detener el desgaste político, moral, e ideológico de la



“realpolitik” de Occidente, de EE. UU. y su red de Estados vasallos que aún se pliegan al dictum de Washington, a veces en forma más fingida que real.

Hoy se desintegra, ante nuestros ojos, el orden mundial de posguerra que se consolidara de manera muy efímera luego de la implosión de la URSS en 1990; la quimera de los neocons se derrumba; el orden unipolar se cae; el sistema hegemónico está moribundo; la humanidad sigue danzando a ciegas en la bruma junto al abismo, y la historia se acelera hacia un destino aún desconocido.

Y como muchas veces en el pasado, la guerra es el acelerante de la historia, la conflagración entre poderes en disputa por territorio, poder, riquezas e influencia, es el punto por donde se rompe el dique que contiene el orden imperante, y comienza la caótica y catastrófica inundación de un modo de vida planetario, que ya comienza a naufragar en el nuevo torrente de acontecimientos que se precipitan sobre nosotros.

La invasión rusa a Ucrania no es más que un hito importante que nos indica al rumbo que comienzan a tomar los eventos mundiales. En esta guerra Occidente, siempre comandado por EE. UU., ha arrojado miles de millones de dólares y gran parte de lo mejor del arsenal de la OTAN, con la esperanza de debilitar estratégicamente a Rusia y poder, en el más deseable de los escenarios, destruirla, fragmentarla en Estado menores, y dejarla balcanizada y eliminada como potencia mundial. Conociendo las argucias e intrigas propias de los neocons luego de verlas desplegadas en el Medio Oriente durante más de dos décadas, es bastante obvio que la expansión de la OTAN hacia el Este contraviniendo viejos acuerdos de la época de Gorbachov, no era sino un plan para provocar a Rusia y hacerla entrar en el conflicto que actualmente sacude a Ucrania. Poco importaba el pueblo ucraniano, nada importaba la democracia en ese país, y menos aún importaban los derechos humanos más básicos de una nación secuestrada por grupúsculos neonazis apoyados por EE. UU. y los Estados vasallos de Europa.

La invasión de Ucrania no es admisible desde el punto de vista de la legislación internacional y del derecho a la integridad física de las naciones y la autodeterminación de los pueblos, pero habría que estar completamente ciego e ignorar hasta los hechos más conocidos de la geopolítica contemporánea, para no entender que Rusia actuó movida para conjurar un peligro existencial inminente que amenazaba su futuro como nación y pueblo independiente.

De otra parte, cabe preguntarse: ¿qué autoridad moral y política puede tener un Occidente que invadió naciones, las destruyó completamente, aniquiló centenares de miles sino millones (quizá nunca sabremos las cifras exactas) de seres





humanos cuyo único crimen fue encontrarse “en el lugar equivocado en el momento equivocado”, dejando además extraordinarios patrimonios culturales y ambientes naturales en ruinas? Ninguna, por supuesto. Y de allí la renuencia de naciones tercermundistas que en diferentes épocas históricas han sido objeto de la rapiña colonial y neocolonial por parte de Occidente, a sumarse a su “cruzada” contra Rusia y China en “defensa” de la democracia y los derechos humanos.

El orden mundial está cambiando, la conciencia colectiva de numerosas naciones y pueblos del orbe está en proceso de flujo y transformación, el paradigma político-ideológico dominante se está resquebrajando a ojos vista, y quizá nuevos patrones de vida internacional emerjan de los pedazos del viejo orden que va colapsando y se disuelve en el agitado torrente de cambios históricos que caracteriza a nuestros días.

Vivimos una gran coyuntura histórica en que hay enormes peligros, pero también grandes oportunidades resultantes precisamente de la crítica situación en que nos encontramos. Al romperse el viejo molde que actuaba al mismo tiempo como reservorio predecible de la vida moderna y como camisa de fuerza que nos oprime y restringe, enfrentamos los riesgos de la guerra, la incapacidad para solventar la crisis ambiental, el colapso de la economía global, el éxodo masivo e incontrolable del su global a las fortalezas cada vez más intolerantes del Occidente metropolitano, y un largo etcétera de calamidades adicionales. Pero quizá también podamos avanzar por el camino de la paz en un mundo multipolar y en un esfuerzo colaborativo (sin fines de lucro) y nuestra especie pueda sobrevivir a la más ominosa de las crisis que ha enfrentado en sus 280 mil años de existencia, y el futuro sea uno de prosperidad, justicia, libertad y progreso para toda la humanidad. ¿Es esto último sólo una utopía? No lo sabemos con certeza, pues de otro modo nos estaríamos rindiendo sin haber intentado poner en práctica lo mejor de nuestras capacidades y talentos humanos. Ni siquiera tendría sentido escribir estas líneas, o proseguir con nuestras vidas como si todo estuviera sellado de antemano y nuestra extinción fuera sólo cuestión de tiempo. ¿Tiene sentido vivir así?

El humanismo en su larga trayectoria de cerca de 2500 años siempre fue una voz de esperanza, un llamado a ejercer nuestra capacidad racional y nuestra voluntad humana para perseguir ideales y sueños legítimos, negados en distintas épocas históricas por las circunstancias temporales y los poderes existentes. El humanismo que nace en la Grecia clásica de Pericles y es formulado en primera instancia por Protágoras y la Escuela de los sofistas, reivindica el poder humano sobre la vida humana, la capacidad autoemancipatoria de nuestra especie, la esencia de nuestra naturaleza que nos dota de razón y voluntad para intentar forjar nuestros



propios destinos individuales y colectivos, sin esperar que intercedan desde el más allá los poderes sobrenaturales del orden divino. Este giro paradigmático de 180 grados, este corte filosófico fundacional, esta reorientación crucial de la praxis humana, es la piedra angular del humanismo, expresada de diversas maneras en diferentes estadios históricos dependiendo del contexto social e intelectual de cada época.

En esa perspectiva, el Nuevo Humanismo que estamos impulsando en el Centro de Estudios Generales de la Universidad Nacional de Costa Rica, y que tiene en esta revista semestral una de sus expresiones más significativas, no es más que una propuesta para impulsar un nuevo y sexto brote de praxis humanista; de pensamiento y acción humanista en el contexto histórico del siglo XXI. No se trata de un dogma pretendidamente nuevo, ni de una doctrina, ni siquiera de un proyecto acabado y definitivo. Al contrario, nos gustaría ver muchas diferentes -e incluso contradictorias- escuelas, tendencias, vertientes y proposiciones sobre el contenido, la orientación, la dimensión y las proyecciones de una praxis humanista en nuestros días. El Nuevo Humanismo, vale decir, el humanismo de un siglo definitivo y definitorio en el sentido más profundo y amplio del concepto no puede ser sino un espectro de muchos colores y matices, pues en ello se nos va la vida y el futuro de la humanidad, y no caben mezquindades ni estrecheces mentales cuando lo que necesitamos es sembrar y cosechar todos los frutos posibles del espíritu humano.

Este número 11.1 de la RNH, al igual que en todos los anteriores desde su nacimiento hasta este primer semestre del año 2023, cubre un pequeño abanico de productos del intelecto en diferentes direcciones y posibilidades de reflexión y expresión. Esperamos que ellos lleguen al mayor número posible de lectores interesados teniendo algún eco en sus mentes y corazones, y que así, nuestra humilde pero persistente labor, contribuya a plantar más y mejor las semillas para una praxis humanista en estos tiempos tan difíciles.

**Miguel Baraona Cockerell**

Editor.

Revista Nuevo Humanismo.

Centro de Estudios Generales.

Universidad Nacional.

